

vida de Periandro, cuya falta amenazaba á todos el último fin de sus dias, á lo ménos Auristela la tenia entre los dientes y la queria escupir de los labios. Seráfido y Antonio arremetieron á Pirro, y á despecho de su fiereza y fuerzas le asieron, y con gente que se llegó, le enviaron á la prision, y el Gobernador de allí á cuatro dias le mandó llevar á la horca por incorregible y asesino, cuya muerte dió la vida á Hipólita, que vivió de allí adelante.

CAPITULO XIV.

Llega Maximino enfermo de la mutacion: muere dejando casado á Periandro y Auristela, conocidos ya por Persiles y Sigismunda.

Es tan poca la seguridad con que se gozan los humanos gozos, que nadie se puede prometer en ellos un mínimo punto de firmeza. Auristela, arrepentida de haber declarado su pensamiento á Periandro, volvió á buscarle alegre, por pensar que en su mano y en su arrepentimiento estaba el volver á la parte que quisiese la voluntad de Periandro, porque se imaginaba ser ella el clavo de la rueda de su fortuna y la esfera del movimiento de sus deseos; y no estaba engañada, pues ya los traía Periandro en disposicion de no salir de los de Auristela; pero mirad los engaños de la variable fortuna. Auristela, en tan pequeño instante como se ha visto, se ve otra de lo que ántes era; pensaba reir y está llorando, pensaba vivir y ya se muere, creia gozar de la vista de Periandro, y ofrécese á los ojos la del príncipe Maximino su hermano, que con muchos coches y grande acompañamiento entraba en Roma por aquel camino de Terrachina, y llevándole la vista el escuadron de gente que rodeaba al herido Periandro, llegó su coche á verlo y salió á recibirle Seráfido, diciéndole: ¡Oh príncipe Maximino, y qué malas albricias espero de las nuevas que pienso darte! Este herido que ves en los brazos desta hermosa doncella, es tu hermano Persiles, y ella es la sin par Sigismunda, hallada de tu diligencia á tiempo tan áspero y en sazón tan rigurosa, que te han quitado la ocasion de regalarlos, y te han puesto en la de llevarlos á la sepultura. No irán solos, respondió Maximino, que yo les haré compañía, segun vengo; y sacando la cabeza fuera del coche, conoció á su hermano, aunque tinto y lleno de sangre de la herida: conoció asimismo á Sigismunda por entre la perdida color de su rostro, porque el sobresalto que le turbó sus colores, no le afeó sus facciones: hermosa era Sigismunda ántes de su desgracia, pero hermosísima estaba despues de haber caido en ella; que tal vez los accidentes del dolor suelen acrecentar la belleza.

Dejóse caer del coche sobre los brazos de Sigismunda, ya no Auristela, sino la reina de Frislanda, y en su imaginacion, tambien reina de Tile; que estas mudanzas tan extrañas caen debajo del poder de aquella que comunmente es llamada fortuna, que no es otra cosa sino un firme disponer del cielo. Habiase partido Maximino con intencion de llegar á Roma á curarse con mejores médicos que los de Terrachina, los cuales le pronosticaron que antes que en Roma entrase, le habia de saltar la muerte, en esto mas verdaderos y experimentados que en saber curarle: verdad es que el mal que causa la mutacion, pocos le saben curar: en efecto frontero del templo de San Pablo, en mitad de la campaña rasa, la fea

muerte salió al encuentro al gallardo Persiles y le derribó en tierra y enterró á Maximino, el cual viéndose á punto de muerte, con la mano derecha así la izquierda de su hermano y se la llegó á los ojos, y con su izquierda le asíó de la derecha y se la juntó con la de Sigismunda, y con voz turbada y aliento mortal y cansado dijo: De vuestra honestidad, verdaderos hijos y hermanos míos, creo que entre vosotros está por saber esto; aprieta, ó hermano, estos párpados, y ciérrame estos ojos en perpetuo sueño, y con esotra mano aprieta la de Sigismunda, y séllala con el sí que quiero que la des de esposo; y sean testigos de este casamiento la sangre que estás derramando y los amigos que te rodean; el reino de tus padres te queda, el de Sigismunda heredas, procura tener salud, y góceslos años infinitos.

Estas palabras tan tiernas, tan alegres y tan tristes avivaron los espíritus de Persiles, y obedeciendo al mandamiento de su hermano, apretándole la muerte, con la mano le cerró los ojos, y con la lengua entre triste y alegre pronunció el sí, y le dió de ser su esposo á Sigismunda: hizo el sentimiento de la improvisa y dolorosa muerte en los presentes su efecto, y comenzaron á ocupar los suspiros el aire, y á regar las lágrimas el suelo. Recogieron el cuerpo muerto de Maximino y lleváronle á San Pablo, y el medio vivo de Persiles en el coche del muerto le volvieron á curar á Roma, donde no hallaron á Belarminia ni á Deleasir, que se habian ido ya á Francia con el Duque. Mucho sintió Arnaldo el nuevo y extraño casamiento de Sigismunda; muchísimo le pesó de que se hubiesen malogrado tantos años de servicio, de buenas obras hechas, en orden á gozar pacífico de su sin igual belleza; y lo que mas le tarazaba el alma, eran las no creidas razones del maldiciente Clodio, de quien él á su despecho hacia tan manifiesta prueba: confuso, atónito y espantado, estuvo por irse sin hablar palabra á Persiles y Sigismunda; mas considerando ser reyes, y la disculpa que tenían, y que sola está ventura estaba guardada para él, determinó ir á verles, y así lo hizo: fué muy bien recibido, y para que del todo no pudiese estar quejoso, le ofrecieron á la infanta Eusebia, para su esposa, hermana de Sigismunda, é quien él aceptó de buena gana, y se fuera luego con ellos, si no fuera por pedir licencia á su padre; que en los casamientos graves y en todos es justo se ajuste la voluntad de los hijos con la de los padres. Asistió á la cura de la herida de su cuñado en esperanza, y dejándole sano, se fué á ver á su padre, y prevenir fiestas para la entrada de su esposa. Feliz Flora determinó de casarse con Antonio el bárbaro, por no atreverse á vivir entre los parientes del que habia muerto Antonio; Croriano y Ruperta, acabada su romería, se volvieron á Francia, llevando bien qué contar del suceso de la fingida Auristela: Bartolomé el manchego y la castellana Luisa se fueron á Nápoles, donde se dice acabaron mal, porque no vivieron bien. Persiles depositó á su hermano en San Pablo, recogió á todos sus criados, volvió á visitar los templos de Roma, acarició á Constanza, á quien Sigismunda dió la cruz de diamantes, y la acompañó hasta dejarla casada con el Conde su cuñado; y habiendo besado los pies al Pontífice, sosegó su espíritu y cumplió su voto, y vivió en compañía de su esposo Persiles hasta que biznietos le alargaron los dias, pues los vió en su larga y feliz posteridad.

FIN DEL PERSILES Y SIGISMUNDA.

VIAJE DEL PARNASO.

DEDICATORIA

A D. Rodrigo de Tapia, caballero del hábito de Santiago, hijo del señor D. Pedro de Tapia, oidor del Consejo Real, y consultor del Santo Oficio de la Inquisicion Suprema.

DIRIJO á vuesa merced este *Viaje* que hice *al Parnaso*, que no desdice á su edad florida, ni á sus loables y estudiosos ejercicios. Si vuesa merced le hace el acogimiento que yo espero de su condicion ilustre, él quedará famoso en el mundo, y mis deseos premiados. Nuestro Señor, etc.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

PROLOGO.

Si por ventura, lector curioso, eres poeta, y llegare á tus manos (aunque pecadoras) este *Viaje*; si te hallares en él escrito y notado entre los buenos poetas, da gracias á Apolo por la merced que te hizo; y si no te hallares, tambien se las puedes dar. Y Dios te guarde.

D. AUGUSTINI DE CASANATE ROSAS.

EPIGRAMMA.

Excute cæruleum, proles Saturnia, tergum,
Verbera quadrigæ sentiat alma Tethys.
Agmen Apollineum, nova sacri injuria ponti,
Carmineis ratibus per freta tendit iter.
Proteus æquoreas pecudes, modulamina Triton,
Monstra cavos latices obstupefacta sinunt.
At caveas tantæ torquent quæ mollis habenas,
Carmina si excipias nulla tridentis opes.
Hesperis Michaël claros conduxit ab oris
In pelagus vates. Delphica castra petit.
Imò age, pone metus, mediis subsiste carinis.
Parnassi in litus vela secunda gere.

VIAJE DEL PARNASO.

CAPITULO PRIMERO.

Un quidam caporal italiano,
De patria perusino, á lo que entiendo,
De ingenio griego, y de valor romano,
Llevado de un capricho reverendo,
Le vino en voluntad de ir á Parnaso,
Por huir de la corte el vario estruendo.
Solo y á pié partióse, y paso á paso
Llegó donde compró una mula antigua,
De color parda y tartamudo paso:
Nunca á medroso pareció estantigua
Mayor, ni ménos buena para carga,
Grande en los huesos, y en la fuerza exigua,
Corta de vista, aunque de cola larga,
Estrecha en los ijares, y en el cuero
Mas dura que lo son los de una adarga.
Era de ingenio cabalmente entero,
Caía en cualquier cosa fácilmente
Así en abril, como en el mes de enero.
En fin, sobre ella el poeton valiente
Llegó al Parnaso, y fué del rubio Apolo
Agasajado con serena frente.
Contó, cuando volvió el poeta solo
Y sin blanca á su patria, lo que en vuelo
Llevó la fama deste al otro polo.
Yo, que siempre trabajo y me desvelo
Por parecer que tengo de poeta
La gracia, que no quiso darme el cielo,
Quisiera despachar á la estafeta
Mi alma, ó por los aires, y ponella
Sobre las cumbres del nombrado Oeta.
Pues descubriendo desde allí la bella
Corriente de Aganipe, en un saltico
Pudiera el labio remojar en ella,
Y quedar del licor suave y rico
El pancho lleno, y ser de allí adelante
Poeta ilustre, ó al ménos manífico.
Mas mil inconvenientes al instante
Se me ofrecieron, y quedó el deseo
En cieme, desvalido é ignorante.
Porque en la piedra que en mis hombros veo,
Que la fortuna me cargó pesada,
Mis mal logradas esperanzas leo.
Las muchas leguas de la gran jornada
Se me representaron que pudieran
Torcer la voluntad aficionada,
Si en aquel mismo instante no acudieran
Los humos de la fama á socorrerme,
Y corto y fácil el camino hicieran.
Dije entre mí: Si yo viniese á verme
En la difícil cumbre deste monte,
Y una guiroalda de laurel ponerme;
No envidiaría el bien decir de Aponte,
Ni del muerto Galarza la agudeza,
En manos blando, en lengua Radamonte.
Mas como de un error siempre se empieza,
Creyendo á mi deseo, di al camino
Los piés, porque di al viento la cabeza.
En fin, sobre las ancas del destino,
Llevando á la eleccion puesta en la silla,
Hacer el gran viaje determino.
Si esta cabalgadura maravilla,
Sepa el que no lo sabe, que se usa
Por todo el mundo, no solo en Castilla.
Ninguno tiene, ó puede dar excusa
De no oprimir desta gran bestia el lomo,
Ni mortal caminante lo rehusa.
Suele tal vez ser tan lijera, como
Va por el aire el águila ó saeta,
Y tal vez anda con los piés de plomo.
Pero para la carga de un poeta,
Siempre lijera, cualquier bestia puede
Llevarla, pues carece de maleta.

Que es caso ya infalible, que aunque herede
Riquezas un poeta, en poder suyo
No aumentarlas, perderlas le sucede.
Desta verdad ser la ocasion arguyo,
Que tú, ó gran padre Apolo, les infundes
En sus intentos el intento tuyo.
Y como no le mezclas ni confundes
En cosas de agibilibus rateras,
Ni en el mar de ganancia vil le hundes;
Ellos, ó traten burlas, ó sean veras,
Sin aspirar á la ganancia en cosas,
Sobre el convexo van de las esferas,
Pintando en la palestra rigurosa
Las acciones de Marte, ó entre las flores
Las de Vénus mas blanda y amorosa.
Llorando guerras, ó cantando amores,
La vida como en sueño se les pasa,
O como suele el tiempo á jugadores.
Son hechos los poetas de una masa
Dulce, suave, correosa y tierna,
Y amiga del bolgar de ajena casa.
El poeta mas cuerdo se gobierna
Por su antojo baldío y regalado,
De trazas lleno, y de ignorancia eterna.
Absorto en sus quimeras, y admirado
De sus mismas acciones, no procura
Llegar á rico, como á honroso estado.
Vayan pues los leyentes con letura,
Cual dice el vulgo mal limado y bronco,
Que yo soy un poeta desta hechura:
Cisne en las canas, y en la voz un ronco
Y negro cuervo, sin que el tiempo pueda
Desbistar de mi ingenio el duro tronco:
Y que en la cumbre de la varia rueda
Jamás me pude ver solo un momento,
Pues cuando subir quiero, se está queda.
Pero por ver si un alto pensamiento
Se puede prometer feliz suceso,
Seguí el viaje á paso tardío y lento.
Un candelal con ocho mis de queso
Fué en mis alforjas mi repostería,
Útil al que camina, y leve peso.
—Adios, dije á la humilde choza mia,
Adios, Madrid, adios tu Prado, y fuentes
Que manan néctar, llueven ambrosia.
Adios, conversaciones suficientes
A entretener un pecho cuidadoso,
Y á dos mil desvalidos pretendientes.
Adios, sitio agradable y mentiroso,
Do fueron dos gigantes abrasados
Con el rayo de Júpiter fogoso.
Adios, teatros públicos, honrados
Por la ignorancia que ensalzada veo
En cien mil disparates recitados.
Adios de San Felipe el gran paseo,
Donde si baja ó sube el turco galgo
Como en gaceta de Venecia leo.
Adios, hambre sutil de algun hidalgo,
Que por no verme ante tus puertas muerto,
Hoy de mi patria y de mí mismo salgo.—
Con esto poco á poco llegué al puerto,
A quien los de Cartago dieron nombre,
Cerrado á todos vientos y encubierto.
A cuyo claro y singular renombre
Se postran cuantos puertos el mar baña,
Descubre el sol, y ha navegado el hombre.
Arrojóse mi vista á la campaña
Rasa del mar, que trujo á mi memoria
Del heroico Don Juan la heroica hazaña.
Donde con alta de soldados gloria,
Y con propio valor y airado pecho
Tuve, aunque humilde, parte en la vitoria.
Allí con rabia y con mortal despecho
El otomano orgullo vió su brio

Hollado y reducido á pobre estrecho.
Lleno pues de esperanzas, y vacío
De temor, busqué luego una fragata,
Que efetiase el alto intento mio.
Cuando por la, aunque azul, líquida plata
Vi venir un bajel á vela y remo,
Que tomar tierra en el gran puerto trata.
Del mas gallardo, y mas vistoso extremo
De cuantos las espaldas de Neptuno
Oprimieron jamas, ni mas supremo.
Cual este, nunca vió bajel alguno
El mar, ni pudo yerse en el armada,
Que destruyó la vengativa Juno.
No fué del vellocino á la jornada
Argos tan bien compuesta y tan pomposa,
Ni de tantas riquezas adornada.
Cuando entraba en el puerto, la hermosa
Aurora por las puertas del oriente,
Salía en trenza blanda y amorosa;
Oyóse un estampido de repente,
Haciendo salva la real galera,
Que despertó y alborotó la gente.
El son de los clarines la ribera
Llenaba de dulcísima armonia,
Y el de la chusma alegre y placentera.
Entrábase las horas por el dia,
A cuya luz con distincion mas clara
Se vió del gran bajel la bizarría.
Ancoras echa, y en el puerto para,
Y arroja un ancho esquisito al mar tranquilo
Con música, con grita y algazara.
Usan los marineros de su estilo,
Cubren la popa con tapetes tales
Que es oro y sirgo de su trama el hilo.
Tocan de la ribera los umbrales,
Sale del rico esquisito un caballero
En hombros de otros cuatro principales.
En cuyo traje y ademan severo
Vi de Mercurio al vivo la figura,
De los fingidos dioses mensajero.
En el gallardo talle y compostura,
En los alados piés, y el caduceo,
Símbolo de prudencia y de cordura,
Digo, que al mismo parainfo veo,
Que trujo mentirosas embajadas
A la tierra del alto coliseo.
Vile, y apenas puso las aladas
Plantas en las arenas venturosas
Por verse de divinos piés tocadas;
Cuando yo revolviendo cien mil cosas
En la imaginacion, llegué á postrarme
Ante las plantas por adorno hermosas.
Mandóme el dios parlero luego alzarme,
Y con medidos versos y sonantes,
Desta manera comenzó á hablarme:
— ¡Oh Adán de los poetas, oh Cervantes!
¿Qué alforjas y qué traje es este, amigo,
Que así muestra discursos ignorantes?—
Yo, respondiendo á su demanda, digo:
— Señor, voy al Parnaso, y como pobre
Con este aliño mi jornada sigo.—
Y él á mí dijo: ¡Sobrehumano, y sobre
Espiritu cilenio levantado!
Toda abundancia y todo honor te sobre.
Que en fin has respondido á ser soldado
Antiguo y valeroso, cual lo muestra
La mano de que estás estropeado.
Bien sé que en la naval dura palestra
Perdiste el movimiento de la mano
Izquierda, para gloria de la diestra.
Y sé que aquel instinto sobrehumano
Que de raro inventor tu pecho encierra,
No te le ha dado el padre Apolo en vauo.
Tus obras los rincones de la tierra,
Llevándolas en grupa Rocinante,
Descubren, y á la envidia mueven guerra.
Pasa, raro inventor, pasa adelante
Con tu sutil disinio, y presta ayuda
A Apolo; que la tuya es importante:
Antes que el escudron vulgar acuda
Demas de veinte mil sietemesinos
Poetas, que de serlo están en duda.

Llenas van ya las sendas y caminos
Desta canalla inútil contra el monte,
Que aun de estar á su sombra no son dinos.
Armame de tus versos luego, y ponte
A punto de seguir este viaje
Conmigo, y á la gran obra disponte.
Conmigo segurísimo pasaje
Tendrás, sin que te empaches, ni procures
Lo que suelen llamar matalotaje.
Y porque esta verdad que digo, apures,
Entra conmigo en mi galera, y mira
Cosas con que te asombres y asegures.—
Yo, aunque pensé que todo era mentira,
Entré con él en la galera hermosa,
Y vi lo que pensar en ello admira.
De la quilla á la gavia, ¡oh extraña cosa!
Toda de versos era fabricada,
Sin que se entremetiese alguna prosa.
Las ballesteras eran de ensalada
De glosas, todas hechas á la boda
De la que se llamó Malmaridada.
Era la chusma de romances toda,
Gente atrevida, empero necesaria,
Pues á todas acciones se acomoda.
La popa de materia extraordinaria,
Bastarda, y de legitimos sonetos,
De labor peregrina en todo, y varia.
Eran dos valentísimos tercetos
Los espaldares de la izquierda y diestra,
Para dar boga larga muy perfetos.
Hecha ser la crujía se me muestra
De una luenga y tristísima elegía,
Que no en cantar, sino en llorar es diestra.
Por esta entiendo yo que se diría
Lo que suele decirse á un desdichado,
Cuando lo pasa mal, pasó crujía.
El árbol hasta el cielo levantado
De una dura cancion prolija estaba
De canto de seis dedos embreado.
El, y la antena que por él cruzaba,
De duros estrambotes, la madera
De que eran hechos claro se mostraba.
La racamenta, que es siempre parlera,
Toda la componian redondillas,
Con que ella se mostraba mas lijera.
Las jarcias parecian seguidillas
De dispartes mil y mas compuestas,
Que suelen en el alma hacer cosquillas.
Las rumbadas, fortísimas y honestas
Estancias, eran tablas poderosas,
Que llevan un poema y otro á cuestras.
Era cosa de ver las bulliciosas
Banderillas que al aire tremolaban,
De varias rimas algo licenciosas.
Los grumetes, que aquí y allí cruzaban,
De encadenados versos parecian,
Puesto que como libres trabajaban.
Todas las obras muertas componian
O versos sueltos, ó sextinas graves,
Que la galera mas gallarda hacian.
En fin, con modos blandos y suaves,
Viendo Mercurio que yo visto habia
El bajel, que es razon, letor, que alabes,
Junto á sí me sentó, y su voz envía
A mis oídos en razones claras,
Y llenas de suavísima armonia,
Diciendo: —Entre las cosas que son raras
Y nuevas en el mundo y peregrinas,
Verás, si en ello adviertes y reparas,
Que es una este bajel de las mas dinas
De admiracion, que llegue á ser espanto
A naciones remotas y vecinas.
No le formaron máquinas de encanto,
Sino el ingenio del divino Apolo,
Que puede, quiere, y llega y sube á tanto.
Formóle, ¡oh nuevo caso! para solo
Que yo llevase en él cuantos poetas
Hay desde el claro Tajo hasta Pactolo.
De Malta el gran maestro, á quien secretas
Espías dan aviso que en Oriente
Se aperciben las bárbaras saetas,
Teme, y envía á convocar la gente

Que sella con la blanca cruz el pecho,
Porque en su fuerza su valor se aumente.
A cuya imitación Apolo ha hecho
Que los famosos vates al Parnaso
Acudan, que está puesto en duro estrecho.
Yo, condolido del doliente caso,
En el ligero casco, ya instruido
De lo que he de hacer, aguijo el paso.
De Italia las riberas he barrido,
He visto las de Francia y no tocado,
Por venir solo á España dirigido.
Aquí con dulce y con felice agrado
Hará fin mi camino, á lo que creo,
Y seré fácilmente despachado.
Tú, aunque en tus canas tu pereza veo,
Serás el parainfo de mi asunto,
Y el solicitador de mi deseo.
Parte, y no te detengas solo un punto,
Y á los que en esta lista van escritos
Dirás de Apolo cuanto aquí yo apunto.—
Sacó un papel, y en él casi infinitos
Nombres vi de poetas, en que había
Yangüeses, vizcainos y coritos.
Allí famosos vi de Andalucía,
Y entre los castellanos vi unos hombres,
En quien vive de asiento la poesía.
Dijo Mercurio:—Quiero que me nombres
Desta turba gentil, pues tú lo sabes,
La alteza de su ingenio, con los nombres.—
Yo respondí:—De los que son mas graves
Diré lo que supiere, por moverte
A que ante Apolo su valor alabes.—
El escuchó. Yo dije desta suerte.

CAPITULO II.

Colgado estaba de mi antigua boca
El dios hablante, pero entónces mudo;
Que al que escucha, el guardar silencio toca.
Cuando di de improviso un estornudo,
Y haciendo cruces por el mal agüero,
Del gran Mercurio al mandamiento acudo.
Miré la lista, y vi que era el primero
El LICENCIADO JUAN DE OCHOA, amigo
Por poeta, y cristiano verdadero.
Deste varon en su alabanza digo
Que puede acelerar y dar la muerte
Con su claro discurso al enemigo,
Y que si no se aparta y se divierte
Su ingenio en la gramática española,
Será de Apolo sin igual la suerte;
Pues de su poesía al mundo sola
Puede esperar poner el pié en la cumbre,
De la inconstante rueda, ó varia bola.
Este que de los cómicos es lumbre,
Que el LICENCIADO POYO es su apellido,
No hay nube que á su sol claro deslumbre.
Pero como está siempre detenido
En trazas, en quimeras é invenciones,
No ha de acudir á este marcial ruido.
Este, que en lista por tercero pones,
Que HIPÓLITO se llama DE VERGARA,
Si llevarle al Parnaso te dispones,
Haz cuenta que en él llevas una jara,
Una saeta, un arcabuz, un rayo,
Que contra la ignorancia se dispara.
Este, que tiene como mes de mayo
Florido ingenio, y que comienza ahora
A hacer de sus comedias nuevo ensayo,
GODINEZ es. Y estotro que enamora
Las almas con sus versos regalados,
Cuando de amor ternezas canta ó llora,
Es uno, que valdrá por mil soldados,
Cuando á la extraña y nunca vista empresa
Fueren los escogidos y llamados:
Digo que es DON FRANCISCO, el que profesa
Las armas y las letras con tal nombre,
Que por su igual Apolo le confiesa:
Es DE CALATAYUD su sobrenombre:
Con esto queda dicho todo cuanto
Puedo decir con que á la envidia asombre.
Este que sigue es un poeta santo,
Digo famoso: MIGUEL CID se llama,

Que al coro de las musas pone espanto.

Estotro que sus versos encarama
Sobre los mismos hombros de Calisto,
Tan celebrado siempre de la fama,
Es aquel agradable, á aquel bienquisto,
Aquel agudo, aquel sonoro y grave
Sobre cuantos poetas Febo ha visto:
Aquel que tiene de escribir la llave
Con gracia y agudeza en tanto extremo,
Que su igual en el orbe no se sabe;
Es DON LUIS DE GÓNGORA, á quien temo
Agraviar en mis cortas alabanzas,
Aunque las suba al grado mas supremo.
O tú, divino espíritu, que alcanzas
Ya el premio merecido á tus deseos,
Y á tus bien colocadas esperanzas:
Ya en nuevos y justísimos empleos,
Divino HERRERA, tu caudal se aplica,
Aspirando del cielo á los trofeos.
Ya de tu hermosa luz clara y rica
El bello resplandor miras seguro
En la que la alma tuya beatifica:
Y arrimada tu hiedra al fuerte muro
De la inmortalidad, no estimas cuanto
Mora en las sombras deste mundo oscuro.
Y tú, DON JUAN DE JÁUREGUI, que á tanto
El sabio curso de tu pluma aspira,
Que sobre las esferas le levanto;
Aunque Lucano por tu voz respira,
Déjale un rato, y con piadosos ojos
A la necesidad de Apolo mira;
Que te están esperando mil despojos
De otros mil atrevidos, que procuran
Fértiles campos ser, siendo rastrojos.
Y tú, por quien las musas aseguran
Su partido, DON FELIX ARIAS, siente,
Que por su gentileza te conjuran,
Y ruegan que defiendas desta gente
Non sancta su hermosura, y de Aganipe
Y de Hipocrene la inmortal corriente.
¿Consentirás tú á dicha porticipe
Del licor suavísimo un poeta,
Que al hacer de sus versos sude y hipe?
No lo consentirás, pues tu discreta
Vena, abundante y rica, no permite
Cosa que sombra tenga de imperfecta.
Señor, este que aquí viene se quite,
Dije á Mercurio, que es un chacho necio,
Que juega, y es de sátiras su envite.
Este si que podrás tener en precio,
Que es ALONSO DE SALAS BARBADILLO,
A quien me inclino y sin medida aprecio.
Este que viene aquí, si he de decillo,
No hay para qué le embarques, y así puedes
Borrarle. Dijo el dios: gusto de oílo.
Es un cierto rapaz, que á Ganimédes
Quiere imitar, vistiéndose á lo godo,
Y así aconsejo que sin él te quedes.
No lo harás con este dese modo,
Que es el gran LUIS CABRERA, que pequeño
Todo lo alcanza, pues lo sabe todo:
Es de la historia conocido dueño,
Y en discursos discretos tan discreto,
Que á Tácito verás, si te le enseño.
Este que viene es un galan, sujeto
De la varia fortuna á los vaivenes,
Y del mudable tiempo al duro aprieto.
Un tiempo rico de caducos bienes,
Y ahora de los firmes é inmutables
Mas rico, á tu mandar firme le tienes:
Pueden los altos riscos siempre estables
Ser tocados del mar, mas no movidos
De sus ondas en cursos variables.
Ni ménos á la tierra trae rendidos
Los altos cedros Bóreas, cuando airado
Quiere humillar los mas fortalecidos.
Y este que vivo ejemplo nos ha dado
Desta verdad con tal filosofía
DON LORENZO RAMIREZ es DE PRADO.
Deste que se le sigue aquí, diria
Que es DON ANTONIO DE MONROY, que veo
En ello qué es ingenio y cortesía.

Satisfacción al mas alto deseo
Puede dar de valor heróico y ciencia,
Pues mil descubro en él y otras mil creos.
Este es un caballero de presencia
Agradable, y que tiene de Torcato
El alma sin alguna diferencia.
De DON ANTONIO DE PAREDES trato,
A quien dieron las musas sus amigas
En tierna edad anciano ingenio y trato.
Este que por llevarle te fatigas,
Es DON ANTONIO DE MENDOZA, y veo
Cuánto en llevarle al sacro Apolo obligas.
Este que de las musas es recreo,
La gracia, y el donaire, y la cordura,
Que de la discreción lleva el trofeo:
Es PEDRO DE MORALES, propia hechura
Del gusto cortesano, y es asilo
Adonde se repara mi ventura.
Este, aunque tiene parte de Zoilo,
Es el grande ESPINEL, que en la guitarra
Tiene la prima, y en el raro estilo.
Este, que tanto allí tira la barra,
Que las cumbres se deja atrás de Pindo,
Que jura, que vocea y que desgarras,
Tiene mas de poeta que de ludo,
Y es JUSEPE DE YARGAS, cuyo astuto
Ingenio y rara condición deslindo.
Este, á quien pueden dar justo tributo
La gala y el ingenio, que mas pueda
Ofrecer á las musas flor y fruto,
Es el famoso ANDRES DE BALMADEA,
De cuyo grave y dulce entendimiento
El magno Apolo satisfecho queda.
Este es ESCISO, gloria y ornamento
Del Tajo, y claro honor de Manzanares,
Que con tal hijo aumenta su contento.
Este, que es escogido entre millares
DE GUEVARA LUIS VELEZ es el bravo,
Que se puede llamar quitapesares.
Es poeta gigante, en quien alabo
El verso numeroso, el peregrino
Ingenio, si un Gnaton nos pinta, ó un Davo.
Este es DON JUAN DE ESPAÑA, que es mas dino
De alabanzas divinas que de humanas,
Pues en todos sus versos es divino.
Este, por quien de Lugo están ufanas
Las musas, es SILVEIRA, aquel famoso,
Que por llevarle con razon te afanas.
Este, que se le sigue, es el curioso
Gran DON PEDRO DE HERRERA, conocido
Por de ingenio elevado en punto honroso.
Este que de la cárcel del olvido
Sacó otra vez á Proserpina hermosa,
Con que á España y al Dauro ha enriquecido,
Verásle en la contienda rigurosa,
Que se teme y se espera en nuestros dias,
Culpa de nuestra edad poco dichosa,
Mostrar de su valor las lozanas.
Pero ¿qué mucho, si es aqueste el doto
Y grave DON FRANCISCO DE FARIAS?
Este de quien yo fui siempre devoto,
Oráculo y Apolo de Granada,
Y aun deste clima nuestro y del remoto,
PEDRO RODRIGUEZ es. Este es TEJADA,
De altitonantes versos y sonoros
Con majestad en todo levantada.
Este, que brota versos por los poros,
Y halla patria y amigos donde quiera,
Y tiene en los ajenos sus tesoros,
Es MEDINILLA, el que la vez primera
Cantó el romance de la tumba oscura,
Entre cipreses puestas en hilera.
Este, que en verdes años se apresura
Y corre al sacro lauro, es DON FERNANDO
BERNÚEZ, donde vive la cordura:
Este es aquel poeta memorando,
Que mostró de su ingenio la agudeza
En las selvas de Eritile cantando.
Este, que la columna nueva empieza,
Con estos dos que con su sér convienen,
Nombrarlos, aun lo tengo por baja.
MIGUEL CEJUDO, y MIGUEL SANCHEZ vienen

Juntos aquí, ¡oh par sin par! En estos
Las sacras musas fuerte amparo tienen.
Que en los piés de sus versos bien compuestos,
Llenos de erudición rara y doctina,
Al ir al grave caso serán prestos.
Este gran caballero, que se inclina
A la lección de los poetas buenos,
Y al sacro monte con su luz camina,
DON FRANCISCO DE SILVA es por lo ménos:
¿Que será por lo mas? ¡Oh edad madura,
En verdes años de cordura llenos!
DON GABRIEL GOMEZ viene aquí, segura
Tiene con él Apolo la vitoria,
De la canalla siempre necia y dura.
Para honor de su ingenio, para gloria
De su florida edad, para que admire
Siempre de siglo en siglo su memoria,
En este gran sugeto se retire
Y abrevie la esperanza deste hecho,
Y Febo al gran VALDES atento mire.
Verá en él un gallardo y sabio pecho,
Un ingenio sutil y levantado,
Con que le deje en todo satisfecho.
FIGUEROA es estotro, el doctorado,
Que cantó de Amarilli la constancia
En dulce prosa y verso regalado.
Cuatro vienen aquí en poca distancia
Con mayúsculas letras de oro escritos,
Que son del alto asunto la importancia.
De tales cuatro, siglos infinitos
Durará la memoria, sustentada
En la alta gravedad de sus escritos.
Del claro Apolo la real morada
Si viniere á caer de su grandeza,
Será por estos cuatro levantada;
En ellos nos cifró naturaleza
El todo de las partes, que son dinas
De gozar celsitud, que es mas que alteza.
Esta verdad, gran CONDE DE SALINAS,
Bien la acreditas con tus raras obras,
Que en los términos tocan de divinas.
Tú, el de ESQUILACHE PRÍNCIPE, que cobras
De día en día crédito tamaño,
Que te adelantas á ti mismo y sobras:
Serás escudo fuerte al grave dano,
Que teme Apolo con ventajás tantas,
Que no te espere el escuadron tacano.
Tú, CONDE DE SALDAÑA, que con plantas
Tiernas pisas de Pindo la alta cumbre,
Y en alas de tu ingenio te levantas;
Hacha has de ser de inextinguible lumbre,
Que guie al sacro monte, al deseoso
De verse en él, sin que la luz deslumbre.
Tú, el de VILLAMEDIANA, el mas famoso
De cuantos entre griegos y latinos
Alcanzaron el lauro venturoso;
Cruzarás por las sendas y caminos
Que al monte guian, porque mas seguros
Lleguen á él los simples peregrinos.
A cuya vista destes cuatro muros
Del Parnaso caerán las arrogancias
De los mancebos sobre necios duros.
¿Oh cuántas, y cuán graves circunstancias
Dijera destes cuatro, que felices
Aseguran de Apolo las ganancias!
Y mas si se les llega el de ALCAÑICES
MARQUES insigne, harán (puesto que hay una
En el mundo no mas) cinco fenices.
Cada cual de por sí sera columna,
Que sustente y levante el edificio
De Febo sobre el cerco de la luna.
Este (puesto que acude al grave oficio
En que se ocupa) el lauro y palma lleva,
Que Apolo da por honra y beneficio.
En esta ciencia es maravilla nueva,
Y en la jurisprudencia único y raro,
Su nombre es DON FRANCISCO DE LA CUEVA.
Este, que con Homero le comparo,
Es el gran DON RODRIGO DE HERRERA,
Insigne en letras, y en virtudes claro.
Este, que se le sigue, es el DE VERA
DON JUAN, que por su espada y por su pluma

Le honran en la quinta y cuarta esfera.
 Este, que el cuerpo y aun el alma bruma
 De mil, aunque no muestra ser cristiano,
 Sus escritos el tiempo no consume.
 Cayóseme la lista de la mano
 En este punto, y dijo el dios: — Con estos
 Que has referido está el negocio llano.
 Haz que con piés y pensamientos prestos
 Vengan aquí, donde aguardando quedo
 La fuerza de tan válidos supuestos.
 — Mal podrá DON FRANCISCO DE QUEVEDO
 Venir, dije yo entonces; y él me dijo:
 — Pues partirme sin él de aquí no puedo.
 Ese es hijo de Apolo, ese es hijo
 De Caliope musa, no podemos
 Irnos sin él, y en esto estaré fijo.
 Es el flagelo de poetas memos,
 Y echará á puntillazos del Parnaso
 Los malos que esperamos y tememos.
 — Oh señor, repliqué, que tiene el paso
 Corto, y no llegará en un siglo entero.
 — Deso, dijo Mercurio, no hago caso.
 Qué el poeta que fuere caballero,
 Sobre una nube entre pardilla y clara
 Vendrá muy á su gusto caballero.
 — Y el que no, pregunté, ¿qué le prepara
 Apolo? ¿qué carrozas, ó qué nubes?
 ¿Qué dromedario, ó alfana en paso rara?
 — Mucho, me respondió, mucho te subes
 En tus preguntas; calla y obedece.
 — Si haré, pues no es infando lo que jubes. —
 Esto le respondí, y él me parece
 Que se turbó algún tanto; y en un punto
 El mar se turba, el viento sopla y crece.
 Mi rostro entonces, como el de un difunto
 Se debió de poner, y si haría
 Que soy medroso á lo que yo barrunto.
 Vi la noche mezclarse con el día,
 Las arenas del hondo mar alzarse
 A la region del aire, entonces fria.
 Todos los elementos vi turbarse,
 La tierra, el agua, el aire, y aun el fuego
 Vi entre rompidas nubes azorarse.
 Y en medio deste gran desasosiego
 Llovian nubes de poetas llenas
 Sobre el bajel, que se anegara luego.
 Si no acudieran mas de mil sirenas
 A dar de azotes á la gran borrasca,
 Que hacia el saltarel por las entenas.
 Una, que ser pensé Juana la Chasca,
 De dilatado vientre y luengo cuello,
 Pintiparado á aquel de la tarasca,
 Se llegó á mí, y me dijo: — De un cabello
 Deste bajel estaba la esperanza
 Colgada, á no venir á socorrello.
 Traemos, y no es burla, á la bonanza,
 Que estaba descuidada oyendo atenta
 Los discursos de un cierto Sancho Panza. —
 En esto sosegóse la tormenta,
 Volvió tranquilo el mar, serenó el cielo,
 Que al regañon el céfiro le ahuyenta.
 Volví la vista, y vi en lijero vuelo
 Una nube romper el aire claro
 De la color del condensado hielo.
 Oh maravilla nueva! Oh caso raro!
 Vilo, y he de decillo, aunque se dude
 Del hecho que por brújula declaro.
 Lo que yo pude ver, lo que yo pude
 Notar fué, que la nube dividida
 En dos mitades á llover acude.
 Quien ha visto la tierra prevenida
 Con tal disposicion, que cuando llueve,
 Cosa ya averiguada y conocida,
 De cada gota en un instante breve
 Del polvo se levanta ó sapo, ó rana,
 Que á saltos, ó despacio el paso mueve;
 Tal se imagine ver (¡Oh soberana
 Virtud!) de cada gota de la nube
 Saltar un bulto, aunque con forma humana.
 Por no creer esta verdad estuve
 Mil veces, pero vilo con la vista,
 Que entonces clara y sin legañas tuve.

Eran aquestos bultos de la lista
 Pasada los poetas referidos.
 A cuya fuerza no hay quien la resista.
 Unos por hombres buenos conocidos,
 Otros de rumbo y hampo, y Dios es Cristo,
 Poquitos bien, y muchos mal vestidos.
 Entre ellos parecióme de haber visto
 A DON ANTONIO DE GALARZA el bravo,
 Gentilhombre de Apolo, y muy bienquisto.
 El bajel se llenó de cabo á cabo,
 Y su capacidad á nadie niega
 Copioso asiento, que es lo mas que alabo.
 Llovió otra nube al gran LOPE DE VEGA,
 Poeta insigne, á cuyo verso ó prosa
 Ninguno le aventaja, ni aun le llega.
 Era cosa de ver maravillosa
 De los poetas la apretada enjambre,
 En recitar sus versos muy melosa.
 Este muerto de sed, aquel de hambre;
 Yo dije, viendo tantos, con voz alta:
 — ¡Cuerpo de mí con tanta poetambre!
 Por tantas sobras conoció una falta
 Mercurio, y acudiendo á remedialla,
 Lijero en la mitad del bajel salta.
 Y con una zaranda que allí halla,
 No sé si antigua, ó si de nuevo hecha,
 Zarándó mil poetas de gramalla.
 Los de capa y espada no desecha,
 Y destos zarándó dos mil y tantos;
 Que fué neguilla entonces la cosecha.
 Colábanse los buenos y los santos,
 Y quedábanse arriba los granzones,
 Mas duros en sus versos que los cantos.
 Y sin que les valiesen las razones
 Que en su disculpa daban, daba luego
 Mercurio al mar con ellos á montones.
 Entre los arrojados se oyó un ciego,
 Que murmurando entre las ondas iba
 De Apolo con un pésete y onega.
 Un sastrero (aunque en sus piés flojos estriba,
 Abriendo con los brazos el camino)
 Dijo: — Sucio es Apolo, así yo viva. —
 Otro (que al parecer iba mohino,
 Con ser un zapatero de obra prima)
 Dijo dos mil, no un solo desatino:
 Trabaja un tondidor, suda, y se anima
 Por verse á la ribera conducido,
 Que mas la vida que la honra estima.
 El escuadron nadante reducido
 A la marina, vuelve á la galera
 El rostro con señales de ofendido.
 Y uno por todos dijo: — Bien pudiera
 Ese chocante embajador de Febo
 Tratarnos bien, y no desta manera.
 Mas oigan lo que dijo: — Yo me atrevo
 A profanar del monte la grandeza
 Con libros nuevos, y en estilo nuevo.
 Calló Mercurio, y á poner empieza
 Con gran curiosidad seis camarines,
 Dando á la gracia ilustre rancho y pieza.
 De nuevo resonaron los clarines,
 Y así Mercurio lleno de contento,
 Sin darle mal agüero los delines,
 Remos al agua dió, velas al viento.

CAPITULO III.

Eran los remos de la real galera
 De esdrújulos, y dellos compelida
 Se deslizaba por el mar lijera.
 Hasta el tope la vela iba tendida,
 Hecha de muy delgados pensamientos,
 De varios lizos por amor tejida.
 Soplaban dulces y amorosos vientos,
 Todos en popa, y todos se mostraban
 Al gran viaje solamente atentos.
 Las sirenas en torno navegaban,
 Dando empellones al bajel lozano,
 Con cuya ayuda en vuelo le llevaban.
 Semejaban las aguas del mar cano
 Colchas encarrujadas, y hacían
 Azules visos por el verde llano.
 Todos los del bajel se entretenían,

Unos glosando piés dificultosos,
 Otros cantaban, otros componían.
 Otros de los tenidos por curiosos
 Referían sonetos, muchos hechos
 A diferentes casos amorosos.
 Otros alfeñicados y deshechos
 En puro azúcar, con la voz suave,
 De su melifluidad muy satisfechos,
 En tono blando, sosegado y grave,
 Eglogas pastorales recitaban,
 En quien la gala y la agudeza cabe.
 Otros de sus señoras celebraban
 En dulces versos de la amada boca
 Los excrementos que por ella echaban.
 Tal hubo á quien amor así le toca,
 Que alabó los riñones de su dama,
 Con gusto grande, y no elegancia poca.
 Uno cantó, que la amorosa llama
 En mitad de las aguas le encendía,
 Y como toro agarrochado brama.
 Desta manera andaba la poesia
 De uno en otro, haciendo que hablase
 Este latin, aquel algarabía.
 En esto sesga la galera vase
 Rompiendo el mar con tanta liejreza,
 Que el viento aun no consiente que la pase.
 Y en esto descubrióse la grandeza
 De la escombrada playa de Valencia
 Por arte hermosa y por naturaleza.
 Hizo luego de sí grata presencia
 El gran DON LUIS FENAEER, marcado el pecho
 De honor, y el alma de divina ciencia.
 Desembarcóse el dios, y fué derecho
 A darle cuatro mil y mas abrazos
 De su vista y su ayuda satisfecho.
 Volvió la vista, y reiteró los lazos
 En DON GUILLEN DE CASTRO, que venía
 Deseoso de verse en tales brazos.
 CRISTÓBAL DE VIRUES se le seguía,
 Con PEDRO DE AGUILAR, junta famosa
 De las que Turia en sus riberas cria.
 No le pudo llegar mas valerosa
 Escuadra al gran Mercurio, ni él pudiera
 Desearla mejor, ni mas honrosa.
 Luego se descubrió por la ribera
 Un tropel de gallardos valencianos,
 Que á ver venían la sin par galera.
 Todos con instrumentos en las manos
 De estilos y librillos de memoria,
 Por bizarria y por ingenio ufanos,
 Codiciosos de hallarse en la vitoria,
 Que ya tenían por segura y cierta,
 De las heces del mundo y de la escoria.
 Pero Mercurio les cerró la puerta:
 Digo, no consintió que se embarcasen,
 Y el por qué no lo dijo, aunque se acierta.
 Y fué, porque temió que no se alzasen,
 Siendo tantos y tales, con Parnaso,
 Y nuevo imperio y mando en él fundasen.
 En esto vióse con brioso paso
 Venir al magno ANDRES REY DE ARTIEDA,
 No por la edad descaecido ó laso.
 Hicieron todos espaciosa rueda,
 Y cogiéndole en medio, le embarcaron,
 Mas rico de valor que de moneda.
 Al momento las áncoras alzaron,
 Y las velas ligadas á la entena
 Los grumetes apriesa desataron.
 De nuevo por el aire claro suena
 El son de los clarines, y de nuevo
 Vuelve á su oficio cada cual sirena.
 Miró el bajel por entre nubes Febo,
 Y dijo en voz que pudo ser oída:
 — Aquí mi gusto y mi esperanza llevo. —
 De remos y sirenas impelida
 La galera se deja atrás el viento,
 Con milagrosa y próspera corrida.
 Leíase en los rostros el contento
 Que llevaban los sabios pasajeros,
 Durable, por no ser nada violento.
 Unos por el calor iban en cueros,
 Otros por no tener godescas galas

En traje se vistieron de romeros.
 Hendia en tanto las neptúneas salas
 La galera, del modo como hiede
 La grulla el aire con tendidas alas.
 En fin, llegamos donde el mar se extiende,
 Y ensancha y forma el golfo de Narbona,
 Que de ningunos vientos se defiende.
 Del gran Mercurio la cabal persona
 Sobre seis resmas de papel sentada
 Iba con cetro y con real corona:
 Cuando una nube, al parecer preñada,
 Parió cuatro poetas en cruja,
 O los llovió, razon mas concertada.
 Fué el uno aquel, de quien Apolo fia
 Su honra, JUAN LUIS DE CASANATE,
 Poeta insigne de mayor cuantía.
 El mismo Apolo de su ingenio trate
 El le alabe, él le premie y recompense;
 Que el alabarle yo sería dislate.
 Al segundo llovido, el uticense
 Caton no no le igualó, ni tiene Febo
 Quien tanto por él mire, ni en él piense.
 Del contador GASPAR DE BARRIONUEVO
 Mal podrá el cortio llaco ingenio mio
 Loar el suyo así como yo debo.
 Llenó del gran bajel el gran vacío
 El gran FRANCISCO DE RIOJA al punto
 Que saltó de la nube en el navío.
 A CRISTÓBAL DE MESA vi allí junto
 A los piés de Mercurio, dándole fama
 A Apolo, siendo del propio trasunto.
 A la gavia un grumete se encarama,
 Y dijo á voces: — La ciudad se muestra,
 Que Jénova, del dios Jano se llama.
 — Déjesela la ciudad á la siniestra
 Mano, dijo Mercurio, el bajel vaya,
 Y siga su derrota por la diestra.
 Hacer al Tiber vimos blanca raya
 Dentro del mar, habiendo ya pasado
 La ancha romana y peligrosa playa.
 De léjes vióse el aire condensado
 Del humo que el estrómbalo vomita,
 De azufre, y llamas, y de horror formado.
 Huyen la isla infame, y solicita
 El suave poniente, así el viaje
 Que lo acorta, lo allana y facilita.
 Vimonos en un punto en el paraje,
 Do la nutriz de Enéas piadoso
 Hizo el forzoso y último pasaje.
 Vimos desde allí á poco el mas famoso
 Monte que encierra en sí nuestro hemisfero,
 Mas gallardo á la vista y mas hermoso.
 Las cenizas de Titiro y Sincero
 Están en él, y puede ser por esto
 Nombrado entre los montes por primero.
 Luego se descubrió, donde echó el resto
 De su poder naturaleza amiga,
 De formar de otros muchos un compuesto.
 Vióse la pesadumbre sin fatiga
 De la bella Partenope, sentada
 A la orilla del mar, que sus piés liga,
 De castillos y torres coronada,
 Por fuerte y por hermosa en igual grado
 Tenida, conocida y estimada.
 Mandóme el del alijero calzado,
 Que me aprestase y fuese luego á tierra
 A dar á los LUPERCIOS un recado.
 En que les diese cuenta de la guerra
 Temida, y que á venir les persuadiese
 Al duro y fiero asalto, al cierra, cierra.
 — Señor, le respondí, si acaso hubieses
 Otro que la embajada les llevase,
 Que mas grato á los dos hermanos fuese,
 Que yo no soy, sé bien que negociase
 Mejor. — Dijo Mercurio: — No te entiendo,
 Y has de ir ántes que el tiempo mas se pase.
 — Que no me han de escuchar estoy temiendo,
 Le repliqué, ya si el ir yo no importa,
 Puesto que en todo obedecer pretendo.
 Que no sé quién me dice, y quién me exhorta,
 Que tienen para mí, á lo que imagino,
 La voluntad, como la vista corta.

Que si esto así no fuera, este camino
Con tan pobre recámara no hiciera,
Ni diera en un tan hondo desatino.
Pues si alguna promesa se cumpliera
De aquellas muchas, que al partir me hicieron,
Lléveme Dios si entrara en tu galera.
Mucho esperé, si mucho prometieron,
Mas podrá ser que ocupaciones nuevas
Les obligue á olvidar lo que dijeron.
Muchos, señor, en la galera llevas,
Que te podrán sacar el pié del lodo,
Parte, y excusa de hacer mas pruebas.
—Ninguno, dijo, me hable dese modo,
Que si me desembarco y los embisto,
Voto á Dios, que me traiga al Conde, y todo.
Con estos dos famosos me enemisto,
Que habiendo levantado á la poesía
Al buen punto en que está, como se ha visto,
Quiéren con perezosa tiranía
Alzarse, como dicen, á su mano
Con la ciencia que á ser divinos guía.
Por el solio de Apolo soberano
Juro... y no digo mas; y ardiendo en ira
Se echó á las barbas una y otra mano.
Y prosiguió diciendo: El Doror Mira,
Apostaré, si no lo manda el Conde,
Que tambien en sus puntos se retira.
Señor galán, parezca: ¿á qué se esconde?
Pues á fe por llevarle, si él no gusta,
Que ni le busque, aseche, ni le ronde.
¿Es esta empresa acaso tan injusta,
Que se esquiven de hallar en ella cuantos
Tienen conciencia limitada y justa?
¿Carece el cielo de poetas santos?
¿Puesto que brote á cada paso el suelo
Poetas, que lo son tantos y tantos?
¿No se oyen sacros himnos en el cielo?
¿La arpa de David allá no suena,
Causando nuevo accidental consuelo?
Fuera melindres, y cese la entena,
Que llegue al tope;—y luego obedeciendo
Fué de la chusma sobre buenas buena.
Poco tiempo pasó, cuando un ruido
Se oyó, que los oídos atronaba,
Y era de perros áspero ladrido.
Mercurio se turbó, la gente estaba
Suspensa al triste son, y en cada pecho
El corazón mas válido temblaba.
En esto descubrióse el corto estrecho
Que Escila y que Caribdis espantosas
Tan temeroso con su furia han hecho.
—Estas olas que veis presuntuosas
En visitar las nubes de continuo,
Y aun de tocar el cielo codiciosas,
Venciólas el prudente peregrino
Amante de Calipso, al tiempo cuando
Hizo, dijo Mercurio, este camino.
Su prudencia nosotros imitando,
Echarémos al mar en que se ocupen,
En tanto que el bajel pasa volando.
Que en tanto que ellas tasquen, roan, chupen,
Al misero que al mar ha de entregarse,
Seguro estoy que el paso desocupen.
Miren si puede en la galera hallarse
Algun poeta desdichado acaso.
Que á las fieras gargantas pueda darse.—
Buscáronle, y halláron á Lofraso,
Poeta militar, sardo, que estaba
Desmayado á un rincón marchito y laso:
Que á sus diez libros de Fortuna andaba
Añadiendo otros diez, y el tiempo escoge,
Que mas desocupado se mostraba.
Gritó la chusma toda:—Al mar se arroje
Vaya Lofraso al mar sin resistencia.
—Por Dios, dijo Mercurio, que me enoje.
¿Cómo? ¿y no será cargo de conciencia,
Y grande, echar al mar tanta poesía,
Puesto que aquí nos hunda su inclemencia?
Viva Lofraso, en tanto que dé al día
Apolo luz, y en tanto que los hombres
Tengan discreta alegre fantasía.
Tocante á ti, ó Lofraso, los ronombres,

Y epítetos de agudo y de sincero,
Y gusto que mi cómitre te nombres.—
Esto dijo Mercurio al caballero,
El cual en la cruja en pié se puso
Con un rebenque despiadado y fiero.
Creo que de sus versos le compuso,
Y no sé cómo fué, que en un momento
(O ya el cielo, ó Lofraso lo dispuso)
Salimos del estrecho á salvamento,
Sin arrojar al mar poeta alguno:
Tanto del sardo fué el merecimiento.
Mas luego otro peligro, otro importuno
Temor amenazó, si no gritara
Mercurio, cual jamas gritó ninguno,
Diciendo al timonero:—A orza, para,
Amáñese de golpe;—y todo á un punto
Se hizo, y el peligro se repara.
Estos montes que veis que están tan juntos,
Son los que Acroceraunos son llamados,
De infame nombre, como yo barrunto.
Asieron de los remos los honrados,
Los tiernos, los melifluros, los godescos,
Y los de á cantimplora acostumbrados.
Los frios los asieron y los frescos,
Asiéronlos tambien los calurosos,
Y los de calzas largas y gregüescos.
Del sopraestante daño temerosos,
Todos á una la galera empujan,
Con flacos y con brazos poderosos.
Debajo del bajel se somurnujan
Las sirenas que dél no se apartaron,
Y á sí mismas en fuerzas sobrepujan.
Y en un pequeño espacio la llevaron
A vista de Corfú, y á mano diestra
La isla inexpugnable se dejaron.
Y dando la galera á la siniestra
Discurria de Grecia las riberas,
Adonde el cielo su hermosura muestra.
Mostrábase las olas lisonjeras,
Impeliendo el bajel suavemente,
Como burlando con alegres véras.
Y luego al parecer por el oriente
Rayando el rubio sol nuestro horizonte
Con rayas rojas, hebras de su frente,
Gritó un grumete y dijo: El monte, el monte,
El monte se descubre, donde tiene
Su buen rocín el gran Belorofonte.
Por el monte se arroja, y á pié viene
Apolo á recibirnos.—Yo lo creo.
Dijo Lofraso, ya llega á la Hipocrene.
Yo desde aquí columbro, miro y veo
Que se andan solazando entre unas matas
Las musas con dulcísimo recreo.
Unas antiguas son, otras novatas,
Y todas con ligero paso y tarde
Andan las cinco en pié, las cuatro á gatas.
—Si tú tal vez, dijo Mercurio, ó sardo
Poeta, que me corten las orejas,
O me tengan los hombros por bastardo.
Dime, ¿por qué algún tanto no te alejas
De la ignorancia, pobretón, y adviertes
Lo que cantan tus rimas en tus quejas?
¿Por qué con tus mentiras nos diviertes
De recibir á Apolo cual se debe,
Por haber mejorado vuestras suertes?—
En esto mucho mas que el viento leve
Bajó el lucido Apolo á la marina,
A pié, porque en su carro no se atreve.
Quitó los rayos de la faz divina,
Mostróse en calzas y en jubón vistoso,
Porque dar gusto á todos determina.
Seguiale detras un numeroso
Escuadron de doncellas bailadoras,
Aunque pequeñas, de ademan brioso.
Supe poco despues, que estas señoras,
Sanas las mas, las ménos mal paradas,
Las del tiempo y del sol eran las Horas.
Las medio rotas eran las menguadas,
Las sanas las felices, y con esto
Eran todas en todo apresuradas.
Apolo luego con alegre gesto
Abrazó á los soldados, que esperaba

Para la alta ocasion que se ha propuesto.

Y no de un mismo modo acariciaba
A todos, porque alguna diferencia
Hacia con los que él mas se alegraba.
Que á los de señoría y excelencia
Nuevos abrazos dió, razones dijo,
En que guardó decoro y preeminencia.

Entre ellos abrazó á DON JUAN DE ARGUJO,
Que no sé en qué, ó cómo, ó cuándo hizo
Tan áspero viaje y tan prolijo.

Con él á su deseo satisfizo
Apolo y confirmó su pensamiento,
Mandó, vedó, quitó, hizo y deshizo.

Hecho pues el sin par recibimiento,
Do se halló DON LUIS DE BARAHONA,
Llevado allí por su merecimiento.

Del siempre verde lauro una corona
Le ofrece Apolo en su intencion, y un vaso
Del agua de Castalia y de Helicon.

Y luego vuelve el majestoso paso,
Y el escuadron pensado y de repente
Le sigue por las faldas del Parnaso.

Llegóse en fin á la Castalia fuente,
Y en viéndola, infinitos se arrojaron
Sedientos al cristal de su corriente.

Unos no solamente se hartaron,
Sino que piés y manos, y otras cosas
Algo mas indecentes se lavaron.

Otros mas advertidos, las sabrosas
Aguas gustaron poco á poco, dando
Espacio al gusto, á pausas melindrosas.

El brindez y el carao se puso en bando,
Porque los mas de bruces, y no á sorbos,
El suave licor fueran gustando.

De ambas manos hacian vasos corvos
Otros, y algunos de la boca al agua
Temian de hallar cien mil estorbos.

Poco á poco la fuente se desagua,
Y pasa en los estómagos bebientes,
Y aun no se apaga de su sed la fragua.

Mas dijoles Apolo:—Otras dos fuentes
Aun quedan, Aganipe é Hipocrene,
Ambas sabrosas, ambas excelentes;

Cada cual de licor dulce y perene,
Todas de calidad aumentativa
Del alto ingenio que á gustarlas viene.—

Beben, y suben por el monte arriba,
Por entre palmas, y entre cedros altos,
Y entre árboles pacíficos de oliva.

De gusto llenos y de angustia faltos,
Siguiendo á Apolo el escuadron camina,
Unos á pedicój, otros á saltos.

Al pié sentado de una antigua encina
Vi á ALONSO DE LEDESMA, componiendo
Una cancion angelica y divina.

Concile, y á él me fui corriendo
Con los brazos abiertos como amigo,
Pero no se movió con el estruendo.

—¿No ves, me dijo Apolo, que consigo
No está LEDESMA ahora? No ves claro
Que está fuera de sí, y está conmigo?—

A la sombra de un mirto, al verde amparo
JERÓNIMO DE CASTRO se estaba,
Varon de ingenio peregrino y raro.

Un motete imaginó que cantaba
Con voz suave; yo quedé admirado
De verle allí, porque en Madrid quedaba.

Apolo me entendió, y dijo:—Un soldado
Como este no era bien que se quedara
Entre el ocio y el sueño sepultado.

Yo le truje, y sé cómo; que á mi rara
Potencia no la impide otra ninguna,
Ni inconveniente alguno la repara.—

En esto se llegaba la oportuna
Hora á mi parecer de dar sustento
Al estómago pobre, y mas si ayuna;

Pero no le pasó por pensamiento
A Delio, que el ejército conduce,
Satisfacer al misero hambriento.

Primero á un jardín rico nos reduce,
Donde el poder de la naturaleza,
Y el de la industria mas campea y luce.

Tuvieron los Hespérides belleza
Menor, no le igualaron los Pensiles
En sitio, en hermosura y en grandeza.

En su comparacion se muestran viles
Los de Alcinoos, en cuyas alabanzas
Se han ocupado ingenios bien sotiles:

No sujeto del tiempo á las mudanzas,
Que todo el año primavera ofrece
Frutos en posesion, no en esperanzas.

Naturaleza y arte allí parece
Andar en competencia, y está en duda
Cuál vence de las dos, cuál mas merece.

Muéstrase balbuciente y casi muda,
Si le alaba la lengua mas experta,
De adulacion y de mentir desnuda.

Junto con ser jardín, era una huerta,
Un soto, un bosque, un prado, un valle ameno,
Que en todos estos titulos concierta,

De tanta gracia y hermosura lleno,
Que una parte del cielo parecia
El todo del bellísimo terreno.

Alto en el sitio alegre Apolo hacia,
Y allí mandó que todos se sentasen
A tres horas despues de mediodía.

Y porque los asientos señalasen
El ingenio y valor de cada uno,
Y unos con otros no se embarazasen,

A despecho y pesar del importuno
Ambicioso deseo, les dió asiento
En el sitio y lugar mas oportuno.

Llegaban los laures casi á ciento,
A cuya sombra y troncos se sentaron
Algunos de aquel número contento.

Otros los de las palmas ocuparon,
De los mirtos y hiedras, y los robles
Tambien varios poetas albergaron.

Puesto que humildes, eran de los nobles
Los asientos cual troncos levantados,
Porque tú, ó envidia, aquí tu rabia dobles.

En fin, primero fuéron ocupados
Los troncos de aquel ancho circuito,
Para honrar á poetas dedicados,

Antes que yo, en el número infinito,
Hallase asiento: y así en pié quedé
Despechado, colérico y marchito.

Dije entre mí: ¿Es posible que se extreme
En perseguirme la fortuna airada,
Que ofende á muchos y á ninguno teme?

Y volviéndome á Apolo, con turbada
Lengua le dije lo que oírá el que gusta
Saber, pues la tercera es acabada,

La cuarta parte desta empresa justa.

CAPITULO IV.

Suele la indignacion componer versos;
Pero si el indignado es algun tonto,
Ellos tendrán su todo de perversos.

De mí yo no sé mas, sino que pronto
Me hallé para decir en tercia rima
Lo que no dijo el desterrado al Ponto.

Y así le dije á Delio:—No se estima,
Señor, del vulgo vano el que te sigue
Y al árbol sacro del laurel se arrima.

La envidia y la ignorancia le persigue,
Y así envidiado siempre y perseguido,
El bien que espera por jamas consigue.

De verte allí, porque en Madrid quedaba
Apolo me entendió, y dijo:—Un soldado
Como este no era bien que se quedara

Entre el ocio y el sueño sepultado.
Yo le truje, y sé cómo; que á mi rara
Potencia no la impide otra ninguna,

Ni inconveniente alguno la repara.—
En esto se llegaba la oportuna
Hora á mi parecer de dar sustento

Al estómago pobre, y mas si ayuna;
Pero no le pasó por pensamiento
A Delio, que el ejército conduce,

Satisfacer al misero hambriento.
Primero á un jardín rico nos reduce,
Donde el poder de la naturaleza,

Y el de la industria mas campea y luce.